



Capítulo 28

Habían pasado tres días desde que obtuvieron el Anillo del Arrogante y comenzaron a prepararse para partir hacia el norte. Cuando los caballeros y soldados terminaron de prepararse, la expedición ya había partido hacia el norte.

Poco después de su partida...

«Deus Macallian».

Un hombre se acercó a Deus. Tenía el pelo largo y azul y una cicatriz vertical en la cara. Era Fiola, uno de los Maestros Caballeros de Caliban, conocido como la Cuarta Espada.

«Le has puesto la mano encima a mi discípulo», dijo Fiola con expresión fría, mientras sus ojos delataban una furia oculta.

Deus, con expresión indiferente, respondió: «Tu discípulo se comportó de manera grosera con mi benefactor».

«Ja, ¿y eso te da derecho a golpear sin sentido al discípulo de otra persona?».

«¿Acaso crees que no?», respondió Deus.

Fiola frunció el ceño ante las palabras de Deus. La ira se reflejaba claramente en su rostro, y la intensa energía que desprendía llenaba el aire, provocando que los caballeros que los rodeaban rompieran a sudar frío. Sin embargo, Deus, que recibió de lleno todo el impacto de este poder, permaneció imperturbable.



«Tienes suerte de que no lo haya matado, Fiola».

El aura de Deus se volvió aún más siniestra, emitiendo una aterradora energía púrpura que oprimía a Fiola. La tensión entre ellos era tan densa que parecía que iba a estallar una pelea a espadas en cuanto alguien desenvainara un arma. Pero tras un momento de silencio...

Configuración de privacidad

«Tch».

Fiola fue el primero en apartar la mirada. Chasqueando la lengua, miró al conde Palatio, que estaba de pie detrás de Deus.

«No creas que voy a dejar pasar esto», dijo Fiola antes de regresar a su batallón en reposo.

Solo, viendo cómo se alejaba Fiola, Alon pensó para sí mismo: «Aterrador».

Sintió un hormigueo en las manos mientras inconscientemente apretaba y aflojaba los puños. «Así que eso es un Caballero Maestro».

El mero poder que Fiola había liberado sin querer había dejado a Alon sin aliento. En ese momento, Evan, que estaba cerca, murmuró incrédulo: «Es una locura... es un auténtico monstruo».

Alon dirigió su mirada hacia Deus. A pesar de la abrumadora energía que Fiola había dirigido hacia él, Deus no mostraba signos de incomodidad, lo que le recordó a Alon una vez más que Deus también era un Caballero Maestro. No



es que hubiera olvidado este hecho, pero Deus se había mostrado bastante humilde con él últimamente, por lo que ver este lado suyo fue un nuevo recordatorio.

«Sinceramente, es un poco grosero con todos menos conmigo», reflexionó Alon. Recordó los rumores de hacía unos días sobre Deus y pensó en la vez que Deus le había espetado a Evan: «Cállate, viejo».

«Rescatar a su hermana debió de ser lo correcto después de todo», pensó Alon para sí mismo. Al principio, no entendía por qué Deus le obedecía tanto, pero ahora lo tenía claro. De hecho, ya ni siquiera necesitaba adivinarlo. Bastaba con ver cómo se comportaba Deus con su hermana.

«Quizás en el futuro, si pido ayuda mientras administro mi finca, él vendrá corriendo a salvarme», pensó Alon con una sonrisa, aunque en el fondo sabía que Deus no llegaría tan lejos. Se encogió de hombros ligeramente y regresó a su carruaje. La expedición al norte continuó.

Dos semanas y tres días después...

La fuerza expedicionaria cruzó la frontera entre Caliban y el Norte y llegó a su primer puesto avanzado. Allí recibieron tres noticias.

La primera era la muerte de Delman, la Tercera Espada, que había desaparecido tras recibir la noticia de que el puesto avanzado oriental de Caliban había caído y el enemigo había aparecido.



La segunda fue que Kiriana, la Segunda Espada, que había estado liderando una expedición avanzada al puesto fronterizo occidental, había sufrido graves heridas en la batalla contra el enemigo.

Y la última noticia era...

«¿No muertos, dices?».

El mensajero informó de que el enemigo se acercaba al puesto avanzado al frente de un ejército de muertos vivientes.

«Sí, el enemigo ha reanimado a soldados y caballeros caídos para convertirlos en muertos vivientes y marchar con ellos».

Ante las palabras del mensajero, Fiola dejó escapar un profundo suspiro y murmuró: «Esto es preocupante».

Deus, al escuchar la misma noticia, permaneció en silencio. Si las palabras del mensajero eran ciertas, la situación era claramente desfavorable para Caliban.

Configuración de privacidad

El ambiente en la sala de reuniones era tenso. Incluso los Maestros Caballeros y los nobles que lideraban a los soldados se mostraban reacios a hablar. Finalmente, uno de los nobles sugirió con cautela: «¿Quizás deberíamos retirarnos?».

Esa simple sugerencia desató una avalancha de opiniones por parte de los demás asistentes.



«¿Hablas en serio? ¿Quieres que les demos la espalda y huyamos de los bárbaros?».

«¡No me refería a eso! Lo que digo es que deberíamos esperar una oportunidad mejor. Ya estamos en una mala posición, y la Segunda Espada está gravemente herida, por no mencionar que Reinhardt aún no ha regresado de su retiro. ¿De verdad crees que tenemos alguna posibilidad?».

«En este momento, ¿crees que los heridos podrían escapar mientras los bárbaros avanzan hacia el puesto avanzado?».

La sala se sumió rápidamente en el caos, pero al final, las opiniones de los nobles no tuvieron mucho peso. Los verdaderos líderes de la expedición eran los dos Maestros Caballeros. Finalmente, los nobles miraron a Fiola y Deus en busca de orientación.

«Vamos a pensarlo. Convocaré otra reunión más tarde. Por ahora, descansen y despejen sus mentes», dijo Fiola, levantándose de su asiento. Deus también se levantó sin decir nada y salió de la tienda.

Afuera, la tierra tenía el mismo color gris apagado de siempre. Pero para Deus, que había alcanzado un cierto nivel como Caballero Maestro, el mundo se veía muy diferente.

Los campos nevados rojos.

A los ojos de Deus, la tierra gris parecía un mundo carmesí, lleno de una energía inquietante y siniestra. El cielo, consumido por este maná rojo siniestro, era a la vez hermoso y aterrador, una vista que incluso hacía que alguien tan fuerte como Deus sintiera una leve sensación de intimidación.



Observó en silencio este extraño mundo. Después de mirar a Fiola, que probablemente estaba viendo la misma escena, Deus desvió la mirada hacia otro lado.

Allí vio a Alon, la Gran Luna. A pesar de que este aterrador mundo se extendía ante él, Alon no mostraba signos de miedo ni de asombro. En cambio, se sentó tranquilamente junto al fuego y comió una batata con expresión inexpresiva. A diferencia de Deus, que no podía apartar la vista del cielo carmesí, Alon no había mirado ni una sola vez el siniestro paisaje. Simplemente murmuraba para sí mismo mientras comía.

«Difracción, compresión, punto focal, aniquilación».

La Gran Luna murmuró palabras incomprensibles, como si hubiera visto este mundo innumerables veces antes, palabras que Deus no podía entender. Al observarlo, Deus sintió una oleada de curiosidad por el propósito de Alon en el Norte.

Por supuesto, Deus tenía una idea aproximada de que la Gran Luna estaba allí para enfrentarse al enemigo, pero eso no acallaba todas sus preguntas. Después de todo, desde la perspectiva de Deus, la Gran Luna no parecía particularmente poderosa, ni ahora ni en el pasado.

«Quizás él simplemente no puede ver lo que yo veo...».

Deus volvió a mirar hacia el cielo rojo.

Esta escena era algo que solo aquellos que habían alcanzado un cierto nivel de iluminación podían ver. El inquietante paisaje fue suficiente para hacerle fruncir el ceño instintivamente.



Pero, ¿y si simplemente la Gran Luna no pudiera ver esta escena? Si ese fuera el caso, su comportamiento podría ser algo comprensible. Justo cuando Deus estaba reflexionando sobre esto...

Configuración de privacidad

«¡Uf, en serio, aléjate!». Una voz fuerte y aguda llamó de repente la atención de Deus. Al volverse hacia el origen del sonido, vio a un caballero enfrentándose a un mago.

«¡Por favor, solo un poco más de ayuda! ¡Ya sabes lo grave que es la situación!», suplicó el caballero.

«¡Lo sé! ¡Pero por mucho que lo intente, no puedo hacer nada más! ¡Tengo que irme!».

«Aun así, solo una vez más...!»

«¡No! ¡Ya les dije que es imposible, idiotas!».

El mago gritó histéricamente, mientras los caballeros seguían presionándola. Deus reconoció fácilmente a los caballeros por sus armaduras: eran miembros de «Silver Shade», la orden de caballeros al servicio de la Segunda Espada de Caliban, Kiriana.

Frente a ellos se encontraba Penia, la maestra adjunta de la Torre Azul.

«Uf, me han traído aquí para investigar cuando tengo tanto trabajo que hacer, ¿por qué no me dejan en paz?», se quejó Penia.



«Pero ¿no debería ser lo primero salvar vidas...?» insistió el caballero.

«¡Te lo digo, he hecho todo lo que he podido! ¡No hay nada más que pueda hacer! No me niego por pereza, ¡ya he hecho todo lo que he podido!».

Al ver la rabieta de Penia, el joven prodigio del mundo mágico que había alcanzado el sexto rango a una edad temprana, Deus sintió un momento de confusión, pero rápidamente lo entendió. Recordó que el puesto avanzado de Caliban estaba colaborando con los magos de la Torre Azul para investigar los «rituales» de los bárbaros.

«Subdirectora de la Torre, ¿eh? Es fuerte», pensó Deus, al notar la notable energía que emanaba de ella.

Mientras Penia seguía empujando a los caballeros a un lado con frustración, se percató de que Deus se interponía en su camino. Frunció el ceño y estaba a punto de hablar...

«¿Qué estás...?»

—pero se quedó paralizada antes de poder terminar.

«...?»

Deus levantó una ceja, confundido por su repentino silencio. Pero entonces se dio cuenta de que ella no lo estaba mirando a él, sino a alguien detrás de él.



«¿Por qué...?» La temblorosa voz de Penia rompió el aire tenso, y el terror llenó sus ojos como si hubiera visto algo que no debería existir. Su cuerpo tembló sutilmente y Deus siguió instintivamente su mirada.

Allí estaba Alon, que hacía un momento estaba comiendo una batata. Ahora, miraba a Deus y a Penia con expresión de desconcierto.

Pasó un breve instante y entonces...

—Cuánto tiempo, submaestro de torre —saludó Alon con calma.

—¡S-sí, hola...! —tartamudeó Penia, comportándose de repente como una gatita asustada, con la cabeza gacha y sin rastro alguno de su histeria anterior.

«¿Cómo has estado?», preguntó Alon.

«¡Yo... yo estoy bien...!»

Al ver a Penia, a quien Deus había considerado anteriormente una figura poderosa, ahora encogida como un gato callejero, no pudo evitar sentirse desconcertado.

Configuración de privacidad

«¿Acaso he sido un ignorante todo este tiempo?», pensó Deus, reflexionando en silencio sobre su comprensión de la situación.